

# ¿QUÉ ES LA HISTORIA CULTURAL?

Peter Burke

Barcelona: Paidós, 2006. 170 pp.

Anel Hernández Sotelo

Universidad Carlos III de Madrid

Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, México

Desde hace algunas décadas, diversos teóricos y filósofos de la historia han analizado el concepto de historia cultural, no sólo para intentar sentar algunas bases intrínsecas a éste, sino también en su detrimento. La idea de una historia cultural nació y se ha desarrollado a partir de la problemática misma que alberga en su difícil definición. Algunos intelectuales califican al historiador cultural como un investigador ajustado a una moda pasajera de hacer historia, una moda que carece de marcos teóricos y de metodología. Se ha dicho, así mismo, que la historia cultural es como un pastel de crema, un pastel engañoso que debajo de su belleza gastronómica no tienen ningún sustento, está hueco. Sin embargo, para ser una moda pasajera sin ningún sustento teórico, la historia cultural tiene ya una larga historia y ha sido el vértice indicado del cual han partido interesantísimos trabajos.

El libro que nos ocupa, *¿Qué es la historia cultural?*, es justamente una historia de la historia cultural y, al mismo tiempo, una crítica analítica sobre las formas de hacer este tipo de historia. Publicado originalmente en inglés bajo el título *What is Cultural History?* (Polity Press, 2004), la obra nos presenta un panorama general sobre la larga tradición en el estudio de los temas culturales desde el siglo XVIII alemán hasta la Nueva Historia Cultural (NHC), nacida en la década de los ochenta del siglo XX, y sus proyecciones hacia el siglo XXI, cuyo común denominador, en palabras de Peter Burke, es “la preocupación por lo simbólico y su interpretación”.

Los orígenes de esta historia los encontramos en el marco de la historia cultural clásica, periodizada por Burke entre 1800 y 1950, cuando emergió la preocupación por retratar una época determinada desde el

“canon” de las obras maestras (arte, literatura, filosofía, ciencia, etc.), producidas por la sociedad estudiada. Los trabajos de Jacob Burckhardt (*La cultura del Renacimiento en Italia*, publicado en alemán por primera vez en 1860), de Johan Huizinga (*El otoño de la Edad Media*, publicado en holandés, en 1919), de los sociólogos alemanes Max Weber (*La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, 1904) y Norbert Elias (*El proceso de la civilización*, 1939), de Ernest Gombrich (*Arte e ilusión: estudio sobre la psicología de la representación pictórica*, publicado en alemán, en 1960), de Arnold Hauser (*Historia social de la literatura y el arte*, publicado en inglés en 1951), entre otros, siguen siendo emblemáticos de este primer esfuerzo por conectar las diferentes corrientes intelectuales y artísticas de una época al estudio de los procesos históricos utilizando nociones de hermenéutica. La finalidad de estos estudios se desligaba de la tradicional tarea del historiador, que se basaba en documentos oficiales para empaparse de los patrones culturales de una época.

A partir de esta importante iniciativa, la década de los sesenta del siglo pasado presentó ante los ojos de los intelectuales una nueva línea de estudio: la *volkskultur* o cultura popular, que tenía su impronta en algunos anticuarios y folcloristas alemanes del siglo XVIII y en los antropólogos decimonónicos. En el siglo XX fueron historiadores quienes se preocuparon por la cultura popular, debido al evidente descuido del enfoque historiográfico tradicional hacia la gente común y corriente y a la preeminencia de los estudios históricos político-económicos. Dos títulos representaron esta nueva fase de la historia cultural: *The Jazz Scene* (escrito por “Francis Newton”, seudónimo de Eric Hobsbawm, en 1959) y *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, de Edward Thompson (publicado en inglés, en 1963).

Entre los años sesenta y setenta, la historia cultural también adoptó lo que se ha llamado el *giro antropológico*. La historia comenzó a enriquecerse de los estudios antropológicos y, principalmente, del concepto de cultura. En este encuentro se discutió sobre “la” cultura y se determinó que era más apropiado hablar de “culturas”: cultura impresa, cultura cortesana, cultura del miedo, cultura de los bárbaros, etc. Entre los antropólogos más estudiados por los historiadores estuvieron Marcel Gauss, Edward

Evans-Pritchard, Mary Douglas y Clifford Geertz. Es éste el inicio de la NHC estadounidense y de la historia cultural francesa, concepto que rivaliza con otros de similar importancia, como historia de las mentalidades o historia del imaginario social. Historiadores como Robert Darnton, Roger Chartier, Rhys Isaac, Emmanuel Le Roy Ladurie, Natalie Davis, Giovanni Levi, Carlo Guinzburg o Hanz Medick, representan el matrimonio antropología histórica o historia antropológica.

Después este balance histórico tratado en otros lugares (*La revolución historiográfica francesa o Formas de historia cultural*), Peter Burke se esmera por analizar los paradigmas de la NHC y las responsabilidades de los historiadores culturales actuales sobre la teoría cultural. Para el autor cuatro teóricos consolidan el desarrollo de la teoría cultural: Mijail Bajtin, Norbert Elias, Michel Foucault y Pierre Bourdieu. El concepto básico que aporta el primero es el de polifonía, poliglosia o heteroglosia, concepto que describe “las diferentes voces que pueden oírse en un único texto”. Por su parte, las teorías de Norbert Elias, en su obra ya citada, sobre el umbral de vergüenza, el umbral de repugnancia y la presión social orientada al autocontrol aportan a la NHC nuevas perspectivas sobre los conceptos de cultura y civilización.

El gran aporte de Foucault a la teoría cultural se divide, según Burke, en tres ramas: (a) su enfoque sobre las discontinuidades o rupturas en la relación histórica entre las palabras utilizadas y las cosas señaladas, donde tiene relevancia el concepto de invención; (b) su estudio acerca del control del pensamiento y las formas de exclusión de los discursos amenazadores para el régimen, y (c) su concepto de prácticas ligadas a la microfísica del poder, donde considera que la función de las instituciones es la producción de “cuerpos dóciles”.

Finalmente, Pierre Bourdieu enriquece la teoría cultural con los conceptos de campo (un ámbito autónomo, que adquiere independencia en un momento concreto en una determinada cultura y genera sus propias convenciones culturales), de reproducción cultural (proceso mediante el cual un grupo mantiene su posición en la sociedad a través de un sistema que se

presenta como autónomo e imparcial) y de *habitus* (capacidad de improvisación dentro de un armazón de esquemas inculcados por la cultura).

De todo lo anterior se desprende que el núcleo de la historia cultural se encuentra en el término *representación*. El autor dedica un capítulo a develar la diferencia entre los conceptos *representación* y *construcción* al ser aplicados a la historia cultural, basándose en estudios concretos que ponen de relieve el uso de ambos. Estos conceptos son tratados desde la ontología, por lo que el autor señala que si bien el problema del término de representación “parece implicar que las imágenes y los textos se limitan a reflejar o imitar la realidad social”, el concepto de construcción cultural “suscita problemas que todavía distan de estar resueltos; especialmente tres [ ... ]: ¿quién lleva a cabo la construcción?, ¿con qué constricciones?, ¿a partir de qué?”

Siguiendo con la reflexión de los problemas teóricos de la historia cultural, Burke analiza la aplicación de diferentes corrientes teóricas y metodológicas en la investigación cultural. Entre los conceptos discutidos se hallan el de historia serial, análisis de contenido, análisis del discurso, zonas temporales, problemas de la tradición y definición de cultura y cultura popular.

El autor cierra su obra con un capítulo bastante retador, titulado “¿Más allá del giro cultural?”, donde sugiere que “el arranque del siglo XXI parece ser un momento de reconocimiento, balance y consolidación” para la historia cultural, momento en el que “podríamos preguntar si lo que vendrá a continuación será un movimiento aún más radical o si, por el contrario, asistiremos a una aproximación a modalidades más tradicionales de historia”.

Al respecto, Peter Burke escribe que existen tres panoramas posibles para la historia cultural de las próximas décadas. El primero de ellos es una “reactivación del énfasis en la historia de la alta cultura”, puesto que se ha dado mucha importancia al concepto de cultura popular, y aunque es poco probable que éste se agote, sería justo también reformular los estudios sobre este otro tipo de cultura, con lo que se enriquecería la historia cultural, al otorgarle la coexistencia de ambos parámetros.

El segundo escenario planteado por Burke es una “continua expansión de la nueva historia cultural por nuevos territorios”, principalmente

en lo tocante a la política, la violencia y las emociones. Según el autor, la historia cultural de la política está en espera de un estudio sobre la publicidad, el coleccionismo de los gobernantes como símbolo de su magnificencia, las razones nacionalistas para la fundación de espacios culturales, entre muchos otros temas, empleando el concepto de cultura política. En cuanto a la violencia, reformular el tema de la guerra como un fenómeno cultural más allá de sus fundamentos sociales es otro de los aspectos que recientemente están retomando los historiadores culturales. En el ámbito de las emociones y percepciones, ya Carlo y Peter Stearns han hablado de la emociología histórica, que alude a los cambios en el estilo emocional en Estados Unidos a comienzos del siglo XX, entre otros trabajos.

El último panorama considerado por Burke sobre el futuro de la NHC es el de “una reacción en contra de ésta”, debido a que “se ha cedido a la ‘cultura’ demasiado territorio político o social” y “nos consta que las modas culturales son efímeras”. El autor pone de manifiesto que han de cuidarse primeramente tres aspectos de la NHC para evitar su desgaste: la definición de cultura, los métodos que han de seguirse y el peligro de la fragmentación que conlleva la historia cultural. Sobre estas advertencias Burke argumenta la posibilidad de realizar “una empresa histórica colectiva” donde no sólo coexistan las diferentes historias (política, económica, intelectual, social, cultural, etc.), sino que se aproximen para contribuir a “una visión de la historia como un todo”; pero sea cual sea el futuro de la historia cultural (y de los estudios históricos en general), Peter Burke asegura que en ese futuro “debería estar vedado el retorno a la literalidad”.

Así, *¿Qué es la historia cultural?*, es una obra sencilla y concreta sobre los parámetros en los que se asienta esta forma de hacer historia, escrita a partir de la autorreflexión, sobre los problemas que inherentemente enfrenta desde sus primeras andanzas. Peter Burke no es ciego a las deficiencias de la NHC, por lo que la obra es un intento concienzudo acerca de los retos de la historia, en particular de la historia cultural, en el siglo XXI.